ALFONSO MÚNIO.

TRAGEDIA EN CUATRO ACTOS

por la señorita

DE AVELLANEDA.

M. D.

MADRID.

IMPRENTA DE D. JOSÉ REPULLÉS.

Junio de 1844.

› esta tragedia á los habitantes
bana en prueba de afecto, y por
le gratitud á la lisonjera bene-
con que han acogido mis prime-
os literarios.

GERTRUDIS GOMEZ
DE AVELLANEDA.

Acto primero.

El teatro representa un salon espacioso del alcázar de Toledo amueblado al gusto de la época: á la izquierda del espectador el trono imperial; al fondo y á la derecha puertas: otra á la izquierda y ventanas. Es de mañana.

ESCENA PRIMERA.

BLANCA. FRONILDE.

(*Blanca aparece dormida reclinada en un sillon: Fronilde, de pie junto á ella, la contempla con emocion.*)

FRONIL. ¡Cuál se embellece su semblante puro
en la dulce quietud del blando sueño,
y exhala facil la purpúrea boca
el balsámico aroma de su aliento...!
¡Oh! ¡nunca, Blanca, la pasion tirana
te haga sentir devorador incendio!
¡nunca la marcha de las lentas horas
sigan tus ojos en insommio acerbo!
Guarda prudente la dichosa calma
de ese tu corazon, de duro hielo,
que el alto bien que te reserva el hado
mas gozarás cuanto le estimes menos.
Al santo altar de mi esperanza tumba
marcha, sin que te aguijen los deseos,
á recibir sin júbilo ni orgullo
de Sancho los solemnes juramentos.

INTERLOCUTORES.

LA EMPERATRIZ DOÑA BERENGUELA, *esposa de Alfonso VII.*
DON SANCHO, *su hijo.*
DOÑA BLANCA DE NAVARRA.
ALFONSO MÚNIO, *rico-hombre de Castilla y alcaide de Toledo.*
FRONILDE MÚNIO, *su hija.*
EL ARZOBISPO DE TOLEDO.
EL CONDE DON PEDRO GUTIERREZ DE TOLEDO.
UN PAGE.
DAMAS, CABALLEROS Y PUEBLO.

La escena pasa en Toledo, año de 1142.

El nombre dulce de su esposa; el nombre
que con ardiente agitacion profiero
y no trocára el alma enamorada
ni por la eterna beatitud del cielo...
aquese nombre delicioso, aguarde
en inerte quietud tu pecho yerto,
y el valor de tu dicha desconoce
para que la disfrutes sin recelo.

BLANCA. (*En sueño.*)
¡Aqui quiero vivir! un ancho espácio
do quiera miro: céfiros ligeros
gratos murmuran: lóbregas paredes
que no penetran ni la luz ni el viento,
son un sepulcro... ¡sí!—¡Dejadme! nunca
á la regia prision volver pretendo.
¡Dejadme! (*Despertando.*)
¿Dónde estoy? los tristes muros...
el dorado arteson... ¡ay! ¡ya lo veo!
¡un sueño ha sido la mudanza grata,
y la ilusion feliz huyó al momento!
(*Breve pausa.*)

FRONIL. ¡Qué pensativa está! Señora...

BLANCA. Llega,
llega, Fronilde, que mi largo tedio
grato el acento de tu voz disipa.
¿Con que estabas aqui?

FRONIL. Si saber puedo...

BLANCA. ¡En este alcázar me fatiga tanto
la inútil pompa del orgullo regio!

FRONIL. Sois vos, señora, su mejor adorno,
y el solio que os espera...

BLANCA. ¡Le detesto!
Escucha, amiga: la mayor ventura,
el destino feliz que yo prefiero,
un sueño me ofreció. De aqui llevada,
por un angel tal vez, en ráudo vuelo
á las montañas de mi patria, vilas
sus cumbres elevar al firmamento,
y hallaron por do quiera mis sentidos
una luz pura y un espacio inmenso.
De un coro de zagalas rodeada,
tendidos por la espalda los cabellos,

festivos cantos, é inocentes risas,
dimos al aire en deliciosos ecos.
No encontré allí para abrumar mi frente
de una corona el envidiado peso;
mas muchas vi guirnaldas olorosas
de alegre mirto y de jazmines bellos.
Mis solios de verdura me brindaban
un valle y otro en sus asilos frescos,
y hallé en las ramas de árboles frondosos
variada copia de floridos cetros.
Tras meses tantos de opresion y enojo,
¡cuán dulcemente palpitó mi seno...!
¡cómo al feliz ambiente de la patria
se abrieron con placer mis labios secos...!
asi respira en ignorado asilo
cuando burla por fin veloces perros,
despues de fuga trabajosa y larga,
el perseguido y fatigado ciervo.
Esta brillante suerte que los hados
me destinan, Fronilde, no comprendo:
con paz y libertad en una choza
feliz viviera bajo humilde techo;
sin mas codicia, sin afan ninguno.
Naci sin ambicion.

FRONIL. Un pecho tierno
esa pasion insana desconoce
y esquiva sus placeres turbulentos;
pero si el trono con precario brillo
no puede fascinar los ojos vuestros,
pensé bastara á haceros venturosa
el dulce halago del amor primero.

BLANCA. ¡El amor! ¡el amor...! no sé, Fronilde,
si merece este nombre el sentimiento
suave, tranquilo que me inspira Sancho.
De absoluto poder nuestro himeneo
dos reyes concertaron. La alianza
que era de paz apetecido sello
mi estrema juventud retardó entonces;
mas ya de su infalible cumplimiento
se va acercando presuroso el dia
que yo sin ansia ni temor espero;
pues ni de Sancho el odio me separa,

ni ardo de amor en el activo fuego.

FRONIL. No le amais: bien lo sé.

BLANCA. Tributo justa
digno homenage á su virtud. Confieso
que no puede ofrecer Castilla toda
un mas leal, cumplido caballero;
y émulo de tu padre en los combates
le nombra con terror el agareno;
pero en un alma cándida y sencilla
nunca se abrigan férvidos afectos.
¡Como tan jóven soy!

FRONIL. ¡Blanca! precoces
son en amar los femeniles pechos;
y es muy mas facil al amor tirano
sus hondos rasgos imprimir en ellos,
cual es mas dócil á la mano esperta
la blanda cera que el pesado hierro.

(*Al comenzar los anteriores versos empieza á oirse rumor lejano de voces, que va acercándose gradualmente.*)

BLANCA. Asi tal vez será. ¿Mas de qué nace
(*Levantándose.*)
tan súbito rumor?

FRONIL. (*Acercándose á una ventana.*)
Diviso lejos
un gran tumulto de apiñadas gentes:
se acercan... ¡escuchad!
(*Gritan fuera:* ¡Viva Alfonso Múnio!)

BLANCA. Esos acentos
aclaman á tu padre.

FRONIL. ¡Por su vida
el cielo vele en los marciales riesgos!

(*Repiten fuera:* ¡Viva Castilla! ¡Viva el emperador! ¡Viva Múnio!)

BLANCA. Tal vez triunfante en tus amantes brazos
en breve le verás, que asi lo infiero
de esas aclamaciones de alegría.

FRONIL. Pues que me permitais, señora, os ruego
ir á indagar la realidad.

BLANCA. Es justo:
vé, que aguardando en mi oratorio quedo.

(*Se va por una puerta de la derecha del espectador.*)

ESCENA II.

FRONILDE.

¿Por qué mi corazon late turbado...?
¿Por qué me afligen los alegres ecos...?
¿De un amoroso padre el dulce nombre
temblando escucharé, cual triste reo?
Sí; que este amor tirano, que en el alma
yace al abrigo de eternal silencio,
su inflexible virtud juzgará crímen.
¡Ya pienso verle con adusto ceño!
¡Oh Múnio! ¡Múnio! á tu infelice hija
no quieras condenar cual juez severo,
mudo para el perdon: piedad profunda
merece mas que duro vituperio.
Al trono que sostienes con tu brazo
nunca levanto altivo pensamiento,
y en Sancho adoro á mi sumiso amante,
no al heredero del augusto cetro.
Mas si delito juzgas esta llama,
que la virtud y el mérito encendieron,
¡espera...! ¡espera! que el destino impío,
mas terrible que tú, mas que tú fiero,
para expiar su enormidad me guarda
profundo llanto y padecer perpetuo.
(*Se va por la derecha del espectador.*)

ESCENA III.

LA EMPERATRIZ. DON SANCHO.

SANCHO. Sí, madre mia, el agareno orgullo
do quier humilla el castellano esfuerzo,
y el estandante de la Cruz divino,
que ya tremola en la imperial Toledo,
triunfante siempre, su sagrada sombra
tenderá pronto hasta el confin ibero.
EMPER. Tanto á mi corazon el gozo turba
que parece dudar aun lo que veo.
SANCHO. Toledo toda presurosa corre
al encuentro del héroe.
EMPER. Tanto estremo
merece Múnio: de mi trono siempre

fue su valor sosten, y el estrangero
que al denigrar las glorias de Castilla
le envidia de sus hijos el aliento,
cediera con placer muchas ciudades
por conquistar al héroe de mi imperio.
Noble, leal, agradecido, franco,
siempre de honor y de virtud modelo,
mi esposo mismo le imitara ansioso,
si antes con gloria no le diera ejemplo.
Digno vasallo de tan gran monarca
le aclamarán los siglos venideros;
que de la gloria del invicto Alfonso
es la de Múnio fúlgido reflejo.

SANCHO. Gloria, señora, que bendice España
y el mauritano llora.

EMPER. Los desvelos
que impone el trono á mi consorte augusto,
por el Dios de bondad premiados vemos.
La fratricida guerra que ensañados
dos católicos reyes sostuvieron,
y que Navarra cual Castilla gime,
quebrantó al fin sus ímpetus violentos.
Blanca es el iris de la paz hermosa
que saludan ¡oh Sancho! los dos reinos,
y en sus virtudes y modestas gracias
tambien gozosa tu ventura leo.

SANCHO. ¡Mi ventura!

EMPER. Y al ver se consolida
santa alianza entre cristianos pueblos,
tiembla del moro el usurpado trono
y un grito de furor lanza el infierno.
Mas ¿por qué, hijo, en tu semblante caro
súbita nube de tristeza observo?

SANCHO. (*Turbado.*)
No lo sé... ¡la emocion...! De ver á Múnio
tal vez me agita punzador deseo.
(*Se acerca á la ventana por donde antes miró Fronilde.*)
Do quier circulan numerosas tropas
de gente inquieta, y en el rostro impreso
se ve de todos el placer. Parece
que el mismo sol, con resplandores nuevos
para alumbrar la gloria de este dia,

da á su belleza y magestad aumento.

EMPER. A confirmar sin duda el fausto aviso
con jubiloso afan viene don Pedro.

ESCENA IV.

LOS MISMOS. DON PEDRO.

PEDRO. ¡Escelsa emperatriz! de gozo nuncio
á vuestras plantas presuroso llego.
De Alcántara la puerta atravesando,
por entre oleadas del alegre pueblo,
el triunfador ejército penetra
en la imperial ciudad. Lo vi yo mesmo.

SANCHO. ¡Cuánto al oirle el corazon palpita!

PEDRO. Delante numerosos prisioneros
con abatida faz abren la marcha:
la infantería con bizarro arreo
viene tras ellos: rotos estandartes,
tomados al vencido sarraceno,
se alzan, mostrando en sus erguidas puntas
dos regios rostros, lívidos y horrendos,
é iguales muestras tienen en sus lanzas
con orgullo cruel muchos guerreros.
Flotando al aire en undulantes rizos
la bandera de Múnio se alza en medio,
bien cual en campo de cipreses tristes
descuella altivo corpulento cedro.
Cien acémilas marchan perezosas
de abundantes despojos bajo el peso;
y al fondo de este cuadro primoroso,
de punta en blanco, en el bruñido peto
reflejando del sol la viva lumbre,
sobre los lomos de alazan soberbio,
que en mil corbetas de nevada espuma
cubre tascando el acerado freno,
se descubre por fin al héroe invicto
cercado de sus bravos compañeros.
Las anchas plumas de sus ricos cascos
con susurrante soplo agita el viento,
y la visera levantada deja
sus varoniles rostros descubiertos.
Con gritos de placer y alegres cantos

les saludan las bellas de Toledo,
y laureles, y rosas, y jazmines
desde cada balcon lanzan al suelo.
Devuelven ellos los saludos gratos
al inclinar con gracia los aceros,
y entre el tumulto alegre se aproximan,
pisando flores, al alcázar regio.

EMPER. A recibirlos con brillante pompa
disponed, conde, se prepare presto
la corte toda; mientras nos mandamos
noticia de tan próspero suceso
al grande Alfonso.

PEDRO. Con placer, señora,
cumplo vuestro mandato lisonjero.

(*Se va la reina por una de las puertas laterales, y don Pedro se retira por la del foro despues de saludar profundamente á don Sancho.*)

ESCENA V.

DON SANCHO. *Despues* FRONILDE.

SANCHO. ¡Oh! logre Múnio tan suprema gloria
que eclipse á los monarcas mas soberbios,
y anhelen sus estirpes veneradas
unirse á las del grande caballero.
¡Fronilde hermosa! tus virtudes solas
bastan á merecer el trono escelso,
mas debe conquistar la gloria altiva
lo que se niegue al mérito modesto.
¡Ella se acerca! ¡cuán hermosa...! nunca
á un noble corazon se unió tan bello
y seductor semblante. Al contemplarla
de amor, de gozo y de respeto tiemblo.
¡Fronilde!

FRONIL. ¡Sancho! al popular aplauso
quiero mi voz unir; pero no acierto.
No sé qué amago de infortunio inspira
al corazon incomprensible miedo.

SANCHO. Aleja, mi Fronilde, de tu alma
esos que abriga, tímidos recelos,
pues la ventura que anhelamos, compra
tu invicto padre con heróicos hechos.

¡Sí, cara prenda! al encumbrado solio
camino te abre su marcial denuedo,
y has de partir conmigo una corona
que sin tí, dulce bien, en nada aprecio.

FRONIL. ¡Ah! no á ese solio mi ambicion aspira.
Á Dios pluguiese ¡oh Sancho! que el derecho
de levantarte á tan sublime altura
te hubiese rehusado el nacimiento.
¿Ni qué valiera que de real diadema
me proclamase digna el universo,
si otra elegida está?

SANCHO. Mil veces rompe
la voluntad de un rey tales empeños:
aun no es Blanca mi esposa.

FRONIL. La ventura
de Navarra y Castilla, el himeneo
exigen, Sancho, en que fundar se debe
tras larga lucha plácido sosiego.

SANCHO. Otro infante tambien tiene Castilla,
del solio de Leon digno heredero:
de Blanca hermosa la inocente mano
yo, mi Fronilde, con placer le cedo.

FRONIL. ¡De una esperanza cual dudosa grata
me haces llegar dulcísimo destello!
Si de la mano de la infanta fuese
tu hermano don Fernando feliz dueño;
si libre tú...

SANCHO. ¡Fronilde! de la tuya
¿quién me privara, quién? Si libre siendo
mortal hubiese envanecido y loco
que se opusiera á mi amoroso intento,
en mi firmeza y tu constancia al cabo
encontrara su error triste escarmiento.
¿Quién mas digna que tú, prenda adorada,
de la suprema magestad?

FRONIL. Naciendo
aunque noble vasalla, nunca altiva
á gloria tal levanto el pensamiento.

SANCHO. ¡Hija de un héroe! si su frente ilustre
tan solo se orna de laurel eterno,
á sus plantas verás regias coronas...
que alzar pudiera á merecerlas menos.

No, nunca, nunca tu modestia estrema
opongas fria á mi ardoroso afecto,
y acoge con placer una esperanza
que es de mi vida y de mi amor sustento.
Para labrar de España la ventura,
para inspirar virtud formóte el cielo:
grande seré contigo y virtuoso,
de católicos reyes el primero;
pero privado de tu amor, Fronilde,
ni gloria busco ni virtudes tengo.
No el Dios clemente secará en el alma
estos que anima, nobles sentimientos:
el ángel eres que benigno envia
para guiarme al inmortal sendero
de la santa virtud.

FRONIL. Mi auxilio humilde
no aguarda, no, tu generoso aliento:
mas si la dicha de llamarme tuya
á Dios piadoso y á tu amor le debo,
no hacerme indigna de merced tan alta
será mi orgullo y mi incesante anhelo.
Y aunque otra hubiese de llevar el nombre
que yo comprara de mi vida á precio,
dejándole la dicha de gozarlo
aspirara al honor de merecerlo.

SANCHO. ¡Oh sublime muger! ¡de fiel cariño,
de entusiasmo sin fin divino objeto!
¡cuán dichoso me harás...! ¿Pero no escuchas
festivas voces...? Dilatarse siento
mi corazon, Fronilde; y este dia
de otro mas grato precursor contemplo
que el porvenir en su secreto esconde.

FRONIL. ¡No corra nunca el misterioso velo!
La imprevision feliz tan dulce instante
nos permita gozar.

SANCHO. ¡Ah! yo me entrego
de una dicha mayor á la esperanza,
y no ha de estar su cumplimiento lejos,
que bien lo dice el palpitar gozoso
de aqueste corazon de gozo ébrio.

FRONIL. Al Dios del cielo mis plegarias suban
y haga tu fausto vaticinio cierto!

SANCHO. ¡Sí, lo será! mi gozo participa
y á saludar al vencedor volemos. (*Se van.*)

ESCENA VI.

Empiezan á entrar por las puertas laterales de la derecha DAMAS Y CABALLEROS: *despues* LA EMPERATRIZ *con* EL ARZOBISPO *y* DON SANCHO. *A son de una música marcial entonan el siguiente*

HIMNO.

¡Viva Alfonso Múnio!
¡muchos años viva!
¡azote de infieles
y honor de Castilla!
Dispersa su espada
la turba enemiga
cual viento impetuoso
las leves aristas.
La patria gozosa
laureles le ciña,
las bellas le canten,
los nobles le sigan.
¡Viva Alfonso Múnio!
¡muchos años viva!
¡azote de infieles
y honor de Castilla!

SANCHO. (*Entrando con la emperatriz y el arzobispo.*)
Señora, permitid que olvide un tanto
de la sangre real los privilegios,
y amigo tierno, obedeciendo al alma,
del caro vencedor corra al encuentro. (*Se va.*)

EMPER. Para solemnizar la gran victoria
(*A la comitiva.*)
disponed fiestas, luminarias, juegos;
que la nobleza ostente su opulencia
y haya solaz y diversion el pueblo.
A Alfonso Múnio le decid, Gutierrez,
que ya impaciente su visita espero.

(*Sube al trono y comienza á entrar el acompañamiento de Múnio, con las banderas moras y otros trofeos de*

la victoria. Al concluir el arzobispo los versos que siguen, aparece Múnio entre don Sancho y Gutierrez de Toledo.)

ARZOB. Para la fiesta religiosa, augusta,
el templo de la Virgen ya dispuesto
por mi mandato se halla, con la pompa
que nos permite nuestro culto austero.

EMPER. Digno arzobispo, agradecida escucho
aquesa prevencion de vuestro celo.
Llegad, Múnio, llegad, noble vasallo,
y la mano besad que alegre os tiendo.

MÚNIO. De vuestra alteza las bondades suplan
al que escaso tendré merecimiento.

(*Dobla la rodilla y besa la mano de la emperatriz.*)

Las invencibles armas del cristiano
y heróico emperador, mi augusto dueño,
alcanzaron triunfos de que he sido
por voluntad de Dios flaco instrumento,
y á vuestras reales plantas con mi vida
pongo de la victoria los trofeos.
Escuso presentar á vuestros ojos
otros de mas valor, aunque sangrientos.
De los reyes de Córdoba y Sevilla
la indómita cerviz postró mi acero,
y sus cabezas, por la muerte heladas,
con asombro y piedad miró Toledo.

EMPER. De fina plata en primorosas urnas
esos se guarden, miserables restos,
para llevarlos con luctuosa pompa
á las mugeres de los reyes muertos.
Conozcan esos ciegos mauritanos
que el que sigue de Cristo los preceptos
sabe compadecer la desventura,
cual sabe dar á la arrogancia freno.
Otros despojos de tu fuerte brazo
á nombre de mi esposo ¡oh Múnio! acepto;
y con mercedes dignas del triunfo
al que le conquistó premiar sabremos.

MÚNIO. Servir á tan benéficos monarcas
es ya, señora, inmerecido premio.
¡Dichoso yo, si con victorias miles
mi eterna gratitud probaros puedo!

¡Dichoso, si mi brazo, siempre activo,
los límites ensancha del imperio,
y postra la soberbia media luna,
que baldon es de los cristianos pueblos!
De su poder envanecido el moro
mirónos con injusto menosprecio,
y preparaba en su insensato orgullo
para los hijos de Pelayo hierros.
¡Llore con sangre su arrogancia loca!
¡Con sangre llore el criminal intento,
y sepa no hay quien imponer consiga
un yugo vil á castellanos cuellos!

EMPER. Sean todos como tú los gloriosos
hijos del Cid, y el universo entero
acatará su nombre, y á los siglos
será de gloria inolvidable ejemplo.
Agora de tu rápida victoria
instrúyanos tu labio por estenso.

MUNIO. Con fuerza poca, pero mucho brio,
situéme en la eminencia de Montelo,
y al punto mismo apareció el contrario
en numeroso ejército dispuesto.
Abenzeta y Azor, reyes paganos,
sus formidables huestes reunieron,
y el polvo que elevaban sus bridones
bien pudiera cubrir los pocos nuestros.
Con corazon ardiente y confiado
doblamos las rodillas en el suelo,
para rogar al Dios de los combates
nos diese dicha, cual nos daba esfuerzo.
La ventaja del número tan loca
seguridad inspira al agareno,
que con desden altivo nos contempla.
Veloz se acerca: con fatal silencio,
cual calma precursora de huracanes,
á su algazara necia respondemos.
Siempre avanzando sigue: nos provoca
con inútil clamor. Mudo le espero,
y cual olas del mar en roca inmóvil
quebrantan su furor en nuestros pechos.
Ensordecen los montes convecinos
de la batalla al pavoroso estruendo:

gritos, blasfemias, preces, maldiciones
se alzan del campo fatigando al viento.
Las ricas armas, que entre joyas miles
eran del sol purísimos espejos,
de polvo y sangre por do quier teñidas
crujen al golpe del templado acero.
El prado ameno de colores cambia
con el caliente y abundante riego,
y del Adoro los cristales frios
con humeante licor corren revueltos.
Siembran despojos la llanura roja,
cascos y miembros por do quier dispersos.
Aqui se encuentra un tronco mutilado;
allá una frente que aun sostiene el yelmo;
acá una mano solitaria yace,
que de la vida en el afan postrero
con crispatura tal asió la espada
que aun clava en ella los helados dedos.
Con prisa tanta la incansable muerte
ejerce al fin su duro ministerio,
que alli cabeza en la llanura salta
que aun no conoce que le falta el cuerpo.

EMPER. Proseguid, Múnio, que el relato escucha
con maravilla el ánimo suspenso.

MÚNIO. Los tristes restos de su gente altiva
conserva el musulman con prisa huyendo,
pero no sin dejar ricos despojos
en muchos de sus gefes prisioneros,
y armas, banderas, joyas y corceles
que hallamos por do quier. ¿A qué detengo
vuestra atencion real? Si alli quedaron
las dos cabezas coronadas, puedo
decir, señora, que jamas vencidos
dieron al vencedor tales trofeos.

EMPER. A ofrecerlos ¡oh Múnio! al punto vamos
á la divina Emperatriz del cielo.
El arzobispo venerable guie
con digna pompa nuestra planta al templo,
y nos siga la corte presurosa
á rendir gracias del favor inmenso.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

Acto segundo.

La decoracion del primer acto.

ESCENA PRIMERA.

LA EMPERATRIZ. MÚNIO.

(*La emperatriz está sentada, y Múnio de pie junto á ella.*)

EMPER. Sí, Múnio, las mercedes que prometo
por mi cristiano esposo autorizada,
son corto premio del servicio ilustre
de que deudores somos.

MÚNIO. De la patria
el bien, la gloria que afanoso busco,
es, gran señora, la ambicion que inflama
mi ardiente corazon, y el solo premio
que mis servicios débiles demandan.

EMPER. Vuestro desinteres conozco: nunca
fue, Munio, el móvil de las nobles almas
un egoismo miserable. Grandes,
heróicos sentimientos acompañan
siempre al valor invicto; pero deben
ensalzar la virtud dignos monarcas,
y una merced que al mérito concedan
distincion podrá ser, mas nunca paga.

MÚNIO. Sobrada distincion y honor supremo

es escuchar, señora, las palabras
de vuestra alteza, cuando afable y buena
estima nuestro brio, y le realza.

EMPER. No á prodigarte insuficientes dones
se limita mi afecto: tu hija cara,
mientras laureles en el campo ciñes,
en horfandad suspira solitaria,
y su inexperta juventud sin guia
nuestro cuidado y atencion reclama.

MÚNIO. A su lado la acoge vuestra alteza
cuando el deber austero nos separa,
y protegida por virtud tan pura
libre y segura su inocencia guarda.
Ni nunca, nunca con recelo injusto
la vigilancia paternal la ultraja;
que la sangre que corre por sus venas
es la sangre de Múnio... ¡y esto basta!
Las hembras de mi estirpe ni la sombra
recibieron jamas de indigna tacha.

EMPER. Hago justicia á la virtud. Conozco
que de Fronilde la belleza rara
es la menor de sus preciosas dotes:
mas si no temo en su decoro falta
por su dicha me inquieto. Del halago
y dulce esmero paternal privada,
los años de su hermosa primavera
mira correr en enojosa calma,
y pues un padre la usurpamos digno,
darla un esposo la justicia manda.
Tal es mi parecer.

MÚNIO. Que acato humilde.

EMPER. Pienso que conoceis la alta prosapia
de don Pedro Gutierrez de Toledo.
De vuestra hija los encantos ama,
y yo su casto fuego patrocino.

MÚNIO. Honra habré de ganar con la alianza
del conde ilustre: su valor ponderan,
y aunque no fuese su nobleza tanta,
para alcanzar mi aprobacion, señora,
el merecer la vuestra le bastara.

EMPER. La de Fronilde procurar debemos,
pues de otorgar su corazon se trata,

y enlace que repugna el albedrío
nunca la dicha apetecida labra.

MÚNIO. La voluntad de vuestra alteza debe
ser ley para sus dóciles vasallas.
¿Ni por qué desechar al noble conde?

EMPER. Si otro logró la dicha de agradarla...

MÚNIO. ¡Imposible, señora...! ¿Qué atrevido
al tesoro del Múnio, á la luz clara
de sus paternos ojos, sin su venia
pretendiera llegar?

EMPER. Tal vez callada
es mas temible la pasion. Sucede
que muchas veces la encubierta llama
á pesar del silencio se revela,
y al corazon que la adivina abrasa.
Ni la inocencia ni el recato, Múnio,
de una pasion involuntaria salvan.

MÚNIO. Si fuese cierto que de amor Fronilde
sintiese á su pesar las vivas ansias,
jamas pudiera mancillar su pecho
con torpe afecto ó eleccion bastarda:
digno el objeto de su llama fuera,
y no cual crimen la encubriera cauta
á los ojos de un padre que la adora.

EMPER. Una doncella tímida disfraza
con loable pudor sus sentimientos,
y la precisa confesion retarda
á un padre como vos, severo, adusto...

MÚNIO. ¡Adusto! no con ella: nunca airada
sonó mi voz para Fronilde.

EMPER. Sepa
por vuestro labio la amorosa instancia
del rendido don Pedro, y si por dicha
no es á sus votos lícitos ingrata,
decidla que cual madre Berenguela
busca su bien, y á las nupciales aras
la quiere conducir.

MÚNIO. Dejad que bese
por tan alto favor las regias plantas.

(Dobla la rodilla, y la emperatriz lo levanta poniéndose tambien en pie.)

EMPER. ¡Alcaide de Toledo! levantaos...

MÚNIO. Si de mi gratitud...

EMPER. Vuestras hazañas
siempre mayores son que mis mercedes.

MÚNIO. Me agobia el peso de bondades tantas.

EMPER. Pronto á Segovia dejará mi esposo
y ya Toledo con afan le aguarda,
donde le guia el anhelado objeto
de hacer se reconozcan por monarcas
á los augustos príncipes. Don Sancho,
á quien ya con amor gozosa aclama
la muy noble Castilla, de rey suyo
el nombre llevará; mientras acata
el altivo Leon en don Fernando
á su señor legítimo. Preparan
entrambos reinos grandes regocijos
que hallarán gratos ecos en Navarra,
pues el nombre de rey con el de esposo
Sancho recibirá.

MÚNIO. Y en doña Blanca
reina muy digna alcanzará Castilla.

EMPER. Del himeneo las alegres hachas
al mismo tiempo que los regios novios
encenderán el conde y tu hija cara.
Asi se lo decid; pero que entienda
que no pretendo dominar tirana
su libre voluntad. Si de otro afecto
un puro fuego á su pesar la inflama,
al que ella juzgue de su mano digno,
á ese mi regia proteccion ampara;
y entre los ricos-hombres de Castilla
sabré elevarle con mercedes altas.
Ella se acerca: para hablarla, Múnio,
os dejo en libertad. Decidla cuánta
maternal diligencia y celo emplea
por su felicidad su soberana. (*Vase.*)

ESCENA II.

MÚNIO. FRONILDE.

FRONIL. Al fin os hallo y sin testigos puedo
mostraros mi placer. ¡Oh, cuán ufana
oigo, señor, con lágrimas de gozo

que todo un pueblo vuestro nombre ensalza!
Dadme á besar la mano vencedora.

MÚNIO. ¡Ven á mis brazos, ven! (*La abraza.*)

FRONIL. Ilusion vana,
¡oh padre amado! mi ventura creo.
Mil y mil veces, del amor en alas,
á la sangrienta lid mi pensamiento
para ser vuestro escudo me llevaba,
y mi existencia inútil ofrecia
á la segur terrible de la parca,
para salvar la vuestra gloriosa.

MÚNIO. ¡Escucha! en el calor de la batalla;
cuando entre arroyos de valiente sangre,
oyendo el grito santo de la patria
con entusiasta ardor busqué el peligro;
entonces mismo de tu imagen cara,
presente al corazon, sentí el influjo,
y la muerte temí. ¡Fronilde! calla
este secreto al mundo: mi flaqueza
en lo mas hondo de tu pecho guarda;
mas tuve miedo... ¡sí! ¡porque era padre!

FRONIL. No, nunca, nunca cortará la trama
de tan heróica vida infiel acero.
¡Dios la proteje, padre!

MÚNIO. No se espanta
del escuálido rostro de la muerte
quien en la cuna manejó las armas:
¡pero dejar en horfandad y luto
á la hija de mi amor! cuando me asalta
tan grave pensamiento, el valor mio
con tan enorme pesadumbre baja.
Pronto de nuevo al campo de la gloria
me llamará la obligacion sagrada,
mas tu abandono y soledad, Fronilde,
no ya otra vez alterará mi calma.
La gran princesa que en su solio augusto
con orgullo y placer contempla España,
un digno esposo, que tu amparo sea,
hoy de su mano recibir te manda.

FRONIL. (*Turbada.*)
¡La emperatriz...! ¡Gran Dios!

MÚNIO. Agradecida

debes estar á su bondad. La casa
de don Pedro Gutierrez de Toledo,
las mas ilustres en nobleza iguala.

FRONIL. (*Con ansiedad.*)
¿Y es don Pedro, señor...?

MÚNIO. El que rendido
su corazon amante te consagra.

FRONIL. ¡Misera! ¡yo fallezco!

MÚNIO. ¡Y qué! ¿temblando
oyes, Fronilde, la noticia grata?
¿Será que injusta abrigues en tu pecho
odio cruel contra don Pedro? ¡Habla!

FRONIL. No le aborrezco, no; pero á su nombre
se oprime el corazon, y le rechaza.

MÚNIO. ¡Le rechaza...! tal vez alguno existe
que halló en tu corazon facil entrada.

FRONIL. (*Con suma turbacion.*)
¡Yo...! ¡perdonad...!

MÚNIO. (*Con bondad.*) ¿Deliras? ¿por qué tanto
sobresalto y pesar? La soberana,
que solo anhela tu ventura, lejos
de violentarte con rigor, declara
que al que merezca tu eleccion prefiere
y... yo no pongo á sus bondades tasa.

FRONIL. No apartarme de vos eran mis votos...
no destruyais tan plácida esperanza.

MÚNIO. ¡Qué! ¿para siempre condenarte quieres
á vivir triste en soledad amarga?

FRONIL. A vivir para vos.

MÚNIO. ¡Fronilde! nunca
sacrificio tan grande me halagara;
menos aun, cuando tu pronto enlace
ansiar parece nuestra reina amada.
Si á recibir un dueño, en su soberbia
tu corazon, opone repugnancia,
piensa que en alas del ligero tiempo
la juventud feliz rápida pasa,
y es larga, triste, tenebrosa y fria,
en hondo desamor vejez cansada.

FRONIL. La muerte misma preferible fuera
de un yugo atroz á la insufrible carga...
mas no ignorais, señor, que vuestro acento

siempre dispuesta á obedecer me halla.

MÚNIO. Consulta tu razon... no tan cercano
está ese yugo que tu espanto causa.
La reina quiere con bondad de madre
de la tuya suplir la triste falta,
y tus bodas serán el mismo dia
que á don Sancho feliz se una la infanta.
¿Qué me respondes?

FRONIL. Que mi ley primera
es vuestra voluntad.

MÚNIO. ¡Fronilde amada!
(*Tómale la mano con viva emocion, y ella permanece abatida.*)
Tambien mi pecho con dolor se oprime
siempre que de tu lado me separa
dura necesidad, y antes que llegue
otra ausencia cruel, que ya me amaga,
quiero que encanto de mis dulces horas
vuelvas á ornar la paternal morada.
Por su nueva merced luego á la reina
vé á tributar las mas rendidas gracias,
y de pasar conmigo el corto tiempo
que aun serás libre, la licencia alcanza
con tu ruego sumiso.

FRONIL. ¡Padre amado!
vos sois mi único anhelo. Nada, nada
tan gran felicidad dará á Fronilde
como el vivir á vuestro lado.

MÚNIO. Marcha
á obtener el permiso. Luengas horas
de dulce intimidad y confianza
tendremos todavía.

FRONIL. ¡A Dios pluguiese
que con ellas mi vida terminara!

MÚNIO. (*Con tono de reconvencion.*)
¡Fronilde!

FRONIL. Perdonad si en mi amargura...

MÚNIO. (*Con impaciencia.*)
¡Eh! ¡basta, vive Dios! que ya me cansa
tan infundado lamentar.

FRONIL. (*Amedrentada.*) Os dejo...
Os dejo ya, señor. ¡Oh Virgen Santa! (*Se va.*)

ESCENA III.

MÚNIO.

A fé que si dos horas permanece
de su terror insano me contagia.
¡Cómo temblaba! ¡Cómo de sus ojos
era doliente y triste la mirada...!
Dijérase que atroz presentimiento
de porvenir infausto reflejaba.
No, no la obligaré. Si el matrimonio
su corazon repugna, si se espanta
su virginal pureza de los dulces
deberes conyugales, su estremada,
pero hermosa virtud, respetar debo.
¡Oh mi Fronilde! como flor temprana,
que tan solo conoce el soplo puro
con que la arrullan matinales auras,
vive feliz en tu inocencia hermosa
del paternal amor acariciada,
mientras el mundo, piélago de vicios,
en torno tuyo turbulento brama.
¿Ni qué mortal es digno del tesoro
que el cielo me fió...? ¡Con mano avara
debo guardarle, sí! ¡Para mi orgullo
ese angel bello descendió! La fama
de glorioso valor, del orbe entero
la lisonjera aclamacion, la patria...
¡la patria misma...! con rubor lo digo,
menos dulces me son, menos me halagan
que en boca de Fronilde el grato nombre
de padre. ¡Padre! ¡sí, padre me llama
el angel tierno que la tierra admira!

ESCENA IV.

MÚNIO. DON PEDRO, *por la puerta del foro.*

PEDRO. La alta nobleza de Toledo aguarda
para felicitaros, Múnio ilustre;
mas de saber mi dicha ó mi desgracia
impaciente, buscaba este momento.

Antes que vencedor justa alabanza
vayais á recibir, os busco padre.
Mi pretension, que Berenguela ampara,
ya debeis conocer.

MÚNIO. Es cierto, conde.

PEDRO. Habladme, Múnio, con franqueza clara:
¿puedo esperar, decidme, que propicio
vuestro pecho tambien á mi demanda,
la ventura que anhelo me conceda?

MÚNIO. El honor que me haceis, conde, traspasa
de mi ambicion los límites. Dichoso
me juzgaré si miro la alianza
que proponeis. Fronilde en su inocencia,
á los encantos del amor estraña,
al nombre se estremece de himeneo:
pero si el tiempo su rigor desarma,
si puedo sin ultraje ni violencia
su esquivez virginal hacer mas blanda,
vuestra será, don Pedro. Y no con gozo
un padre cede la preciosa carga
de su hija tierna, no: tal vez en balde
si otro que vos su mano demandara
fuerá su empeño; mas á vos os toca
rendir su voluntad.

PEDRO. Esa esperanza
de inspirarla mi amor me sostenia
cuando pedí su mano, pues amarga
es toda dicha que violencia dura
á un temeroso corazon arranca.
Dadme solo licencia de servirla.

MÚNIO. Ya la teneis.

PEDRO. Mi celo y mi constancia
obtendrán lo demas.

MÚNIO. Por rica dote
la villa de Ajofrin será entregada
al que merezca su eleccion.

PEDRO. Importa
poco la dote á quien de veras ama.

MÚNIO. No las crecidas rentas de esa villa
tanto á mis ojos su valor realzan,
como ser digno premio que mi padre
alcanzó por sus ínclitas hazañas,

el yugo quebrantando que á Toledo
impuso el musulman.

PEDRO. Y no rebaja
el precio de recuerdos tan felices
mi corazon. La gloria que en su fama
sus abuelos legaron á Fronilde,
y que la vuestra por el orbe ensancha,
no es su menor encanto, noble Múnio,
ni lo que menos mi pasion exalta.
Agora permitid que yo os presente
á los amigos que en aquella sala
veros esperan.

MÚNIO. Vuestro soy, Gutierrez,
y en ir siempre con vos mi afecto gana.

ESCENA V.

FRONILDE. SANCHO.

FRONIL. (*Saliendo apresurada por una de las puertas laterales.*)
¡Dejadme por piedad!

SANCHO. (*Tras ella.*) En vano quieres
evitar mi presencia, porque atada
siempre á tu sombra mi existencia triste
irá contigo por do quier, ¡ingrata!
Huyes de mí: trabajas con empeño
por colocar entre ambos la distancia
que consiga alejar de tus oidos
las quejas de mi amor... ¡pero te engañas!
¡Sí, te engañas, Fronilde! Si pretendes
que no te acose mi celosa rabia,
vuélveme el corazon; ¡vuélveme, impía,
el corazon sincero que desgarras!

FRONIL. Callad por compasion: sabed que Múnio
muy próximo de aqui tal vez se halla.

SANCHO. ¡Que venga! ¡que me escuche! ¡que conozca
toda mi desventura y tu mudanza!

FRONIL. ¡Oh, por la Vírgen, Sancho! ¿No notásteis
que con sorpresa é inquietud la infanta
al seguirme os miró?

SANCHO. Sé solamente

que de mi madre llegas á la estancia,
y en mi presencia misma, y á mi oido,
porque quiere casarte le das gracias.
Sé que, temiendo mi dolor, la ruegas
te permita dejar el regio alcázar...
¡Sé que consientes en unirte al conde,
y que el amor que me juraste falsa,
cual humo leve de aquilon al soplo,
al fuego de otro amor tórnase nada!
¿No es aquesto verdad? ¡Responde!

FRONIL. ¡Cesa!
¡Cesa, Sancho, por Dios! ¡Cuando me agravias
con cargos tan injustos, bien podrias
las lágrimas mirar que ardientes bañan
mis pálidas mejillas, y el tormento
que sufre el corazon ver en mi cara!

SANCHO. ¡Fronilde! si de un sueño, de un infausto
y horrible sueño, mi razon turbada
los efectos padece; si estoy loco;
si son de mi pasion tristes fantasmas
las que necio creí; si no has estado
de mi madre cruel ante las plantas,
por un odioso enlace que te ofrece
mostrando gratitud con tus palabras...
si todo es ilusion, dilo, Fronilde;
¡sí, dilo por piedad!

FRONIL. La voz sagrada
obedecí de un padre. Si á ese enlace
no pude resistir, hija y vasalla,
dígate, Sancho, dígate tu pecho
lo que este mio conturbado calla.

SANCHO. ¡Luego es verdad, tirana! ¿y aquel santo
eterno voto de tu amor, no clama
allá en tu corazon? ¿Nada le debes
á tu amante infeliz? ¿Asi te ata
la sumision, ¡responde! que al olvido
das tantos votos y promesas tantas?
¡Ah! ¡no sabes amar! mentiste cuando
con lisonjero labio lo jurabas.

FRONIL. ¡Nunca supe mentir! ¡pluguiese al cielo
no fuese cierta mi pasion aciaga!
Pero te adoro, sí; del pecho triste

el incendio voraz mas se dilata
cuando procuro reprimirle. El llanto,
el incesante llanto que derraman
mis ojos, cual benéfico rocío
le hace robustecer, y no le apaga.
Pero es delirio, es crimen por mas tiempo
alimentar ¡oh Sancho! la esperanza
que necios acogimos. No tan solo
la distancia de clase nos aparta,
sino que ya tu mano, prometida,
debe pertenecer á doña Blanca.

SANCHO. ¿Por qué ese nombre, que me harás odioso,
siempre en tus labios para herirme vaga?
¡Soy libre! Si el enlace aborrecido,
á que de rey la obligacion me arrastra,
solo puedo evitar lanzando lejos
el cetro augusto y la diadema sacra,
á ellos renunciaré y aun á la vida;
¡pero á Fronilde no!

FRONIL. ¡Sancho! Navarra
y Castilla leal, el himeneo
que quieres eludir juntas reclaman,
y el que nació del trono en las alturas
nunca sin desdorarse de ellas baja.
Renuncia de un amor infortunado
á las terribles, criminales ansias...
¡renuncia, Sancho!

SANCHO. A tu razon de hielo
pide consejos, pues asi te agrada:
yo escucho solo del amor el grito,
y antes que logres sofocarle arranca
mi corazon del pecho, y por trofeo
del claro esposo arrójale á las plantas:
pon las tuyas sobre él, y...

FRONIL. ¡No tan recio
hables, cruel! Temblando estoy.

SANCHO. Retracta,
retracta al punto las palabras frias
que pronunció tu labio.

(*En este momento aparece doña Blanca saliendo á la escena por la misma puerta por donde entraron antes Fronilde y don Sancho. Quédase suspensa, colocada*

de manera que pueda oir la conversacion de los dos amantes sin ser vista de ellos.)

FRONIL. ¡Calla, calla!
He sentido rumor.

SANCHO. Jura de nuevo
que solo á mí...

FRONIL. ¡No debo! si la insana
pasion que me esclaviza vencer logro,
tranquila viviré: si ella se alza
triunfante siempre de mi esfuerzo... ¡Sancho!
sabré morir!

SANCHO. (*Asiéndola con furor del brazo.*)
¡Fronilde!

FRONIL. ¡Suelta!

SANCHO. (*Soltándola con desesperacion.*) ¡Caiga
un rayo sobre mí!

FRONIL. No, que felice
el cielo justo con tu esposa te haga.

SANCHO. ¡Triste, terrible su existencia fuera,
si ese nombre por fin llevara Blanca,
pues solo hiel, horror y desventura
mi destrozado pecho puede darla!

FRONIL. No es eso cierto, no: por tí y por ella
rogaré sin cesar. ¡A Dios!

SANCHO. ¡Aguarda!

FRONIL. No mas debo escuchar tu voz querida...
¡no! ¡que á su acento la virtud me falta,
y solo veo amor, y amor respiro!
¡A Dios por siempre, á Dios!
(*Se va por la puerta del foro.*)

SANCHO. ¡Fronilde cara!
¡Tente y escucha por piedad! ¡Me deja!
¡Y mas la adoro cuanto mas me mata!
¡Ni el cielo ni el infierno á dividirnos
bastan con su poder...! ¡Cielos! ¡La infanta...!

(*Al salir por donde Fronilde, doña Blanca le sale al encuentro. Sancho retrocede confuso; ella se le acerca con dignidad.*)

ESCENA VI.

SANCHO. BLANCA.

BLANCA. (*Despues de un instante de silencio.*)
La infanta, si; que la conduce á tiempo
de Dios aqui la providencia sabia,
para evitar el infortunio crudo
con que el destino injusto la amenaza.
Engañóme, señor, vuestra reserva,
á la par que el candor y la ignorancia
de mi temprana edad... mas no os acuso
ni vuestra triste confusion me halaga:
no exhalo quejas ni disculpas quiero,
rasgóse el velo de mi error... ¡ y basta!

SANCHO. Lo que el acaso descubrió benigno
no pretendo negar con lengua falsa.
Cual vos, señora, destinado á un yugo
que no eligió mi corazon, cerraba
el respeto filial los labios mios,
por mas que á su poder recia batalla
una pasion devoradora, inmensa,
sostuviese tenaz dentro del alma.
Justo acaté vuestra inocencia hermosa,
homenage rindiendo á vuestras gracias;
mas en vano mi esfuerzo presumia
apagar de mi amor la oculta llama,
pues vence siempre, sin medida crece,
y mas violenta á mi pesar me abrasa.
Si á la beldad que en vuestro rostro miro
este invencible sentimiento agravia,
al contemplar la angustia de mi pecho
no crimen lo juzgueis, sino desgracia.

BLANCA. ¡ Desgracia atroz que interminable fuera
si un juramento sacro la sellara!
Mas de evitarlo con tenaz porfia
os empeño, don Sancho, mi palabra.
(*Hace ademan de irse.*)

SANCHO. ¡ Aguardad!

BLANCA. ¿Qué quereis?

SANCHO. De mi locura
no persigais á la inocente causa...

no con abuso del secreto triste
de una infeliz comprometais la fama.
¡Si ofendida os hallais, en mí tan solo
descargue su furor vuestra venganza!

BLANCA. ¡Injusto sois, señor! Magüer que jóven
no me juzgueis de inteligencia escasa;
y entendido tened, que si mancilla
vuestro desden mi vanidad de dama,
no á tanto llega su poder, que olvide
que ha nacido princesa doña Blanca. (*Vasc.*)

SANCHO. ¡Llegó por fin el tan temido dia...!
¡temido, sí, mas decisivo... ! ¿Flaca
pudiera el alma vacilar agora?
¿de qué insano temor se agita esclava?
La misma Blanca romperá el empeño
que hace la suya cual mi vida amarga...
¿Mas si á pesar de su altivez, sencilla
ó rencorosa, la verdad declara?
¿Si de Fronilde el adorado nombre
un vulgo necio á su placer ultraja...?
¡No! ¡basta ya de incertidumbre y pena!
¡Basta de duda y resistencia vana!
¡Rompa mi voz el tímido silencio,
y roto el velo del misterio caiga!
Si los desaires de la jóven regia
con la guerra vengar quiere Navarra,
al ceñirme su púrpura Castilla
me da tambien su formidable espada,
y á la tremenda voz de sus leones
hará temblar las ásperas montañas.
¡Termina, sí, la indecision cobarde!
¡ya la penosa incertidumbre acaba!
llegó el momento de obtener la dicha
ó de rendir la vida en la demanda.
¡Que es ya Fronilde de mi mano dueño
sepa la emperatriz, sepa la España!
La corona real pondré en sus sienes,
ó rota la verá bajo mis plantas.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

Acto tercero.

Sala de la casa de Múnio. A la derecha del espectador una puerta que se supone comunica con los aposentos de Fronilde. Al fondo otra puerta y balcones á la izquierda. Está anocheciendo.

ESCENA PRIMERA.

MÚNIO *y* EL ARZOBISPO, *entrando ambos por la puerta del fondo.*

MÚNIO. Entrad, entrad, señor, que en esta estancia
como lo deseais libres estamos
de cualquier importuno. ¿Saber puedo
á qué casualidad debo el muy alto
honor de esta visita?

ARZOB. Noble Múnio,
no soy por cierto á vuestra casa estraño,
ni en ella piso por la vez primera.

MÚNIO. Digno arzobispo de Toledo, tanto
las veces que la honrais me felicito,
que por eso tal vez os juzgo tardo
en concederme tal placer.

ARZOB. Aparte
del que yo gozo en vuestro ameno trato,
hoy me conduce á vos, y ya os lo dije,
otro interes mayor.

MÚNIO. Bien: pues dignaos
aceptar una silla.
(*Presentándola, y ambos se sientan.*)

ARZOB. Vuestro ingenio
útil me puede ser, en el muy árduo
y súbito conflicto que me aqueja.

MÚNIO. Fuera, señor, empeño temerario
que mi pobre talento se aprestase
á dar consejo á vuestro juicio sano
y elevado saber.

ARZOB. ¡Siempre discreto
y lisonjero sois! pero dejando
á un lado agora cortesanas flores
atento me escuchad.

MÚNIO. Sin embarazo
podeis hablar.

ARZOB. La infanta de Navarra
secretamente me llamó á palacio,
y en una larga conferencia un ruego
tan fervoroso ¡oh Múnio! como raro
me dirigió. Pretende se declare
roto el empeño que la liga á Sancho,
y con resolucion firme y violenta
la libertad proclama de su mano.
Que esta resolucion, cual digna y justa,
yo sostuviese, me rogó con llanto,
interponiendo mi influencia toda
para mover á entrambos soberanos
de Castilla y Navarra.

MÚNIO. Con sorpresa
os escucho, señor.

ARZOB. Me ha suplicado
con no menos empeño, que esta noche
su firme voto escuche de mi labio
la emperatriz.

MÚNIO. ¡Señor! de ese capricho
cuanto mas os escucho mas me pasmo.
¿En qué se funda Blanca? ¿De qué modo
escusa su mudanza?

ARZOB. Con empacho
á todas mis preguntas respondia
que declararse mas no le era dado;
que no amaba al infante ni era amada;
que su conciencia y corazon, el lazo
reprobaban violento que terrible

les imponia la razon de estado...
En fin, ni ruegos, ni razones logran
vencer un punto su visible espanto;
que tal nombre merece el sentimiento
que don Sancho la inspira.

MÚNIO. ¡Estraño caso!
Ese capricho de infantil demencia
será funesto para dos estados.
¿Pero pensais se acoja su demanda?

ARZOB. Dice que quiere consagrarse al claustro,
y si en la vocacion su empeño apoya...

MÚNIO. ¿Y pensais que es verdad...?

ARZOB. No, Múnio; hallo
que á ese santo destino no la inclina
su corazon.

MÚNIO. Entonces...

ARZOB. Pienso... Claro
os voy, Múnio, á decir mi pensamiento.

MÚNIO. Hablad, señor.

ARZOB. Sospecho que de agravios,
que en el sigilo de su pecho esconde,
nace su oposicion.

MÚNIO. ¿Y en qué don Sancho
pudo agraviarla?

ARZOB. Por palabras sueltas
que vertió Blanca en su dolor amargo,
adiviné que de fundados celos
su triste corazon se encuentra esclavo.

MÚNIO. ¿Celos decís...? ¿de quién? ¿quién los motiva?

ARZOB. Sospecho que una dama de palacio
con criminal correspondencia paga
del inconstante los deseos livianos.

MÚNIO. (*Con calor.*)
Todas son nobles esas damas, todas
tuvieron en sus madres un dechado
de severa virtud. — No, padre mio,
no es posible llegar á esceso tanto
una hembra de valía, que en su sangre
sienta el honor y orgullo castellano.
Vuestra sospecha desechad.

ARZOB. Quisiera
esa seguridad; mas no la alcanzo.

De nobles padres de virtud modelos
hijos suelen nacer torpes y malos,
y una muger ligera y desenvuelta,
olvida en un instante muchos años
de lecciones austeras.

MÚNIO. Tanta infamia
en juzgar imposible me complazco.

ARZOB. Esa incredulidad, que honor os hace,
prueba no conoceis el vicio infando
que en las cortes se alberga.

MÚNIO. Si existiese
una muger que, libre y sin recato,
del regio jóven los antojos torpes
vil acogiese, de su gloria en daño,
¿cómo ese crimen, que velar no saben
á la inocencia de una niña, arcano
es para todos los demas?

ARZOB. Difunde
la malicia do quier rumores varios
que no quise creer.

MÚNIO. ¡Cómo!

ARZOB. Se dice
que el nombre de su dama encubre cauto
el mancebo real; mas no su fuego.

MÚNIO. ¡Vive Cristo, señor, que muy temprano
en la carrera de los vicios entra...!
¡Ser infiel á su esposa aun no casado!
Perdonad, perdonad, si en el esceso
de mi dolor y mi sorpresa, falto
al respeto que exige su alta clase,
y de la senda del deber me aparto.
No ignoro que á las culpas del que impera
ciego debiera ser, pues soy vasallo,
y solo el Rey de reyes es quien puede
con su suprema autoridad juzgarlos.

ARZOB. ¡A Dios pluguiese que creyera injustos
esos que proferis, terribles cargos!
¡Estravio fatal!

MÚNIO. Y la hembra vana,
cómplice vil de su locura, acaso
de la princesa misera que vende
goza el amor, la estimacion...

ARZOB. Ingratos
abundan en el mundo. Mas decidme:
¿qué hicierais vos en mi lugar?

MÚNIO. ¡Dudarlo
podeis, señor? A Berenguela al punto
saber hiciera el torpe desacato
que mancilla su alcázar. Su decoro,
su ventura tal vez, la del insano
y seducido príncipe, dos reinos
que aun lloran de la guerra los estragos...
todo, señor, comprometido se halla:
todo manda lanzar castigo raudo,
que á la culpable de escarmiento sea
y precava terribles resultados.

ARZOB. ¡Siempre severo sois, magüer que justo!
Mas ¿qué muger por criminal declaro
ignorando su nombre?

MÚNIO. Se descubre
si se mandan seguir todos los pasos
del imprudente jóven.

ARZOB. ¡Con efecto!

MÚNIO. Ni dejará la infanta de fiarlo
á doña Berenguela.

ARZOB. Es muy posible.

(*Viento, relámpagos y truenos lejanos hasta el fin del acto.*)

MÚNIO. Habladla al punto.

ARZOB. No hay que apresurarlo:
preciso es meditar...

MÚNIO. Yo pienso, padre,
que conocido un mal, cualquier retardo
en curarlo es un crimen. Descubierto
que el nombre sea, rápido su fallo
pronunciará la reina, y echar debe
á la culpable con baldon y escarnio
del respetable asilo que profana.

ARZOB. Pero si esa infeliz, padres honrados
tiene por desventura, si con ella
á una familia poderosa infamo...

MÚNIO. Si el honor les arranca una hembra indigna,
¿qué tienen que perder...?

ARZOB. ¡Oh bienhadado
el padre que cual vos en su hija tiene

de su honor y virtud remedo exacto!

MÚNIO. El bien que el cielo me otorgó benigno
con gratitud sin fin gozoso pago.
¡Ah! no sabeis qué dicha goza un padre
que de una santa esposa ve el retrato
en su hija bella. No sabeis tampoco
de mi Fronilde el mérito. Si encanto
es de los ojos su beldad divina,
si maravilla su talento raro,
¡su puro corazon es muy mas bello!
Cuando la estrecho en mis amantes brazos,
y entre caricias tímidas exhala
de padre el nombre su inocente labio,
orgulloso y feliz la suerte mia
ni al rey del orbe le cediera en cambio.
Dispuso Dios que en líbico desierto
el agua brote de árido peñasco
para templar la sed del peregrino:
así á esta vírgen colocó en el campo
de mi agitada vida, dando en ella
reposo de placeres sanguinarios
á un corazon sediento de ternura.
Escusadme, señor, si mi entusiasmo
escesivo os parece.

ARZOB. No por cierto:
un sentimiento natural y santo
¿qué severa virtud condenar puede?
Mas esperad... de recordar acabo
una voz que circula. Decid, Múnio:
¿es cierto que dará su blanca mano
al conde vuestra hija?

MÚNIO. Padre mio,
la emperatriz lo manda.

ARZOB. Noble y bravo
es vuestro yerno.

MÚNIO. Su alabanza justa
me halaga mas en vuestra boca.

ARZOB. Aplauso
esa boda tendrá. Pero volviendo
á nuestro asunto: decidido me hallo
á obedecer vuestro consejo.

MÚNIO. Pronta,

pronta la ejecucion quisiera.

ARZOB. (*Levantándose, y tambien Múnio.*)
Parto
como lo deseais; mas mientras cumplo
de doña Blanca el espinoso encargo,
al infante buscad. Grande influencia
tiene con él vuestra virtud, y escaso
no sois de persuasion. El privilegio
que os da su amor, de hablarle sin reparo,
en su bien emplead. Si su estravio
es por vos, Múnio, con calor pintado,
escitareis su confusion, y luego
será mas dócil al consejo sano.
Quedad con Dios.

MÚNIO. Señor, él os dirija.

ARZOB. ¿Al infante vereis?

MÚNIO. Al punto salgo.

ESCENA II.

MÚNIO. *Despues* FRONILDE.

MÚNIO. (*Mirando por un balcon.*)
Oscura por demas y tempestuosa
la noche se avecina. ¡Tan opaco
jamas el cielo vi! ¡nunca tan triste
bajó el brillante sol al tibio ocaso!

(*Durante esta escena los truenos se irán aproximando, y se aumentará el aparato de la tempestad á medida que se aproxima la conclusion del acto.—Múnio dice los versos siguientes mientras se ciñe la espada y se dispone para salir.*)

¡Oh, cuántas desventuras, cuántos lloros
cubrirás ¡noche! con tu denso manto...!
Tal vez buscando el ignorado rumbo
el nauclero infeliz, en fragil barco,
una estrella te pide, que le guie
por entre escollos mil del oceano;
¡y tú respondes prometiendo fiera,
con la voz de los vientos, el naufragio!
Y mientras tanto al malhechor propicia
con tus tinieblas le darás amparo;

y yo dichoso en el hogar tranquilo,
de la hija de mi amor en dulces brazos,
escucharé su voz, veré sus ojos,
y tus truenos serán mi arrullo blando.

FRONIL. (*Por la derecha del espectador.*)
¿Vais á salir, señor, cuando los cielos
de horrible tempestad muestran amagos?

MÚNIO. Es forzoso, Fronilde; mas en breve
tornaré alegre á tu amoroso lado.
Me esperarás: ¿no es cierto?

FRONIL. Padre mio,
el reposo tal vez buscara en vano
no estando vos aqui.

MÚNIO. ¡Qué! ¿tienes miedo?

FRONIL. ¡Sí! sin saber por qué mi sobresalto
se aumenta sin cesar.

MÚNIO. Llama á tu dueña
que te acompañe.

FRONIL. No, que es necesario
un pánico terror vencer valiente.
¿Volvereis pronto, si?

MÚNIO. Verás no tardo.
A Dios, Fronilde; tu inquietud disipa.

FRONIL. (*Con timidez y emocion.*)
¡Aguardad! concededme...

MÚNIO. ¿Qué?

FRONIL. ¡Un abrazo!

MÚNIO. (*Abrazándola.*)
¡Angel hermoso! ¡ven!

FRONIL. (*Muy conmovida.*) ¡Esa indulgencia
que á mi flaqueza concedeis, reclamo
otra vez, padre...! ¡Bendecidme!
(*Se arrodilla.*)

MÚNIO. ¡Cielos!
¡De su infantil terror me hallo turbado!

FRONIL. bendecidme por vos y por mi madre:
¡bendecidme, señor!

MÚNIO. (*Aparentando serenidad, pero dominado cada vez mas por su emocion.*) Aunque burlando
de tu miedo pueril, yo te bendigo.
¡Yo te bendigo, sí! que en el descanso
del sempiterno sueño de la tumba

el acento solemne de mi labio
tu madre escuche, y al Señor potente,
que hizo brotar la creacion del cáos,
espíritu de amor lleve en sus alas
mis paternales votos. ¡Que el pecado
jamas su sello vergonzoso imprima
de aqueste rostro en los divinos rasgos,
y cuando torne á su gloriosa patria
este angel en la tierra desterrado,
vuelva, cual descendió, puro y hermoso,
vuelva, cual descendió, brillante y albo!

FRONIL. (*Levantándose.*)
Ya no os detengo mas: me hallo tranquila.

MÚNIO. (*Ap.*) ¡Por qué no lo estoy yo!
(*A ella.*) Por breve rato
me ausento solo, mi Fronilde.

FRONIL. (*Con tristeza.*) ¡Padre!
¡Una última caricia! vuestra mano
dadme á besar. (*La besa.*) ¡A Dios!

MÚNIO. ¡A Dios, hermosa!

(*Va á salir, se detiene, vacila, pero vuelve á abrazar á Fronilde segunda vez.*)

¡Fronilde...! ¡Vive Cristo, que no alcanzo
á vencer la flaqueza que me oprime!
(*Márchase con esfuerzo.*)

ESCENA III.

FRONILDE.

¡Padre! ¡Múnio! ¡Señor...! ¿por qué le llamo?
¡Ya está lejos de mí! ¡Sola me encuentro!
¡Sola con este corazon culpado! (*Se sienta.*)
La tempestad bramando desenvuelve
su oscuro velo por el ancho espacio;
mas los horrores de tan triste noche
no causan, no, mi doloroso espanto,
que otra mas cruda tempestad se agita
en este corazon. ¡Oh amor infausto,
que ni puedo lanzar ni acoger debo!
¡Calma un instante tu rigor tirano!
Celos, remordimientos, inquietudes...

¡Contra pasiones mil siempre batallo!
¡En ti veo á la vez, noche profunda,
remedo triste y funeral presagio...!
Paréceme que el mundo en la agonía
como mi corazon gime luchando,
y que esta noche amenazante y fiera,
es de la creacion sepulcro vasto.
¡Qué sonidos estraños...! Zumba el viento
y aparece volver ecos lejanos
de lamentables voces. Luego corre,
y mas vecino, con susurro largo
de un moribundo el estertor imita...
(*Arrecia el viento, y ella se levanta asustada.*)
¡Gran Dios! ¡gran Dios! ¡detenle, que bramando
desencadena ya su loca furia
y amenaza terrible!—¡Condenado
está el culpable mundo, Dios eterno!
¡Piedad! ¡piedad!
(*Momento de pausa.*)
De mi terror insano
víctima soy, y tímida sucumbo
del desaliento al lánguido desmayo.
Tras noches tantas que entre duelo y lloro
largas horas conté del tiempo tardo,
el ardor de mis ojos dulce sueño
querrá esta noche mitigar acaso.
(*Se arrodilla.*)
¡Virgen divina! ¡Madre de infelices,
y vencedora del precito bando!
¡Vos, cuyo trono de esplendentes luces
espíritus de amor guardan postrados!
¡Vos, cuyo seno palpitó en el mundo,
y conocisteis del dolor el llanto,
mirad, Señora, con piadosos ojos
tantos tormentos de mi pecho flaco!
Pasarán las borrascas turbulentas
y la naturaleza habrá descanso;
¡dadme tambien la paz, dadme, Señora,
reposo al fin de sufrimiento tanto!
(*Levántase, y se echa en un sillon.*)
¡Si pudiera dormir...! En esta estancia
nadie penetrará sin mi mandato.

La oscuridad te llama, dulce sueño.
Ven, repartiendo tu beleño blando.
¡Cielos...! ¡qué ruido...! ¡no me engaño...! suben
por aquese balcon. — ¿Qué temerario
de Múnio al respetable domicilio
se atreve asi...?

ESCENA IV.

FRONILDE. DON SANCHO, *que entra por el balcon. Al final de la escena* MÚNIO.

SANCHO. ¡Fronilde cara!

FRONIL. ¡Sancho!

SANCHO. ¡Yo soy, mi bien! ¿qué temes?

FRONIL. ¡A mi vista
podeis llegar, señor, como un malvado,
escalando balcones...! ¡Luego, al punto,
salid, salid!

SANCHO. ¡Fronilde! que tu ingrato
corazon me condene; pero escucha.

FRONIL. ¡No puedo! ¿qué tardais?

SANCHO. ¡Espera!

FRONIL. En vano
por la Cruz de Jesus me rogariais
os permitiese estar. ¡Señor, marchaos!

SANCHO. Y aunque debiera desplomarse el cielo
ó la tierra faltar bajo mis pasos,
no saldré, no, sin que me escuches.

FRONIL. ¡Basta!
En mi morada estais, y disfrazado
y por violencia penetrais en ella...
El príncipe no sois á quien yo amo:
sois un intruso, escalador de muros...
Os desprecio... ¡salid! ¡que yo lo mando!

SANCHO. ¡Llego, señora, nuncio de alegría,
y en vos ultrajes y desdenes hallo...!
¡Basta! del pecho refrenad la furia...
quedais por siempre de mi amor á salvo.
(*Hace ademan de irse.*)

FRONIL. ¡Dios poderoso! ¡Sancho! ¿qué delirio
esta imprudencia atroz pudo inspiraros?

SANCHO. Desde que sorda á mis humildes ruegos
abandonastes hoy nuestro palacio,
loco, perdido, de tu casa en torno
con inútil afan, Fronilde, vago.
Pocos minutos há que á Múnio miro
por sus puertas salir, y entonces... cuando
ya lejos le juzgué... ¡perdona! verte,
verte un instante resolví. Tan alto
no es aquese balcon que no pudiera
con algunas fatigas escalarlo.
La calle estaba sola, y era oscura
la noche... Sí, ¡Fronilde! muy culpado
te debo parecer, y lo confieso;
mas el serlo por tí me fuera grato,
si tu enojo cruel no castigase
un esceso de amor.

FRONIL. (*Enternecida.*) ¡Igual en ambos
es la culpa ¡ay de mí! si solo tienes
la de querer con ceguedad!

SANCHO. Tu llanto
cese ya de una vez. Si aqui penetro
dificultades mil atropellando,
bien puedes conocer que no me guia
pueril antojo, ni interes liviano.

FRONIL. (*Inquieta.*)
¡Cómo...! ¿qué dices?

SANCHO. Que mi audacia loca
perdon merece por su origen fausto.
Que el cielo mira nuestro amor benigno;
que soy libre, Fronilde; que ya ufano
puedo decirte—¡tuyo soy!

FRONIL. ¿Deliras?

SANCHO. ¡El empeño fatal que me hizo esclavo
no existe ya!

FRONIL. (*Con ansiedad.*)
¡No existe ya...! La infanta...

SANCHO. Rompe ella misma el maldecido lazo.

FRONIL. ¡Cómo...!

SANCHO. A escuchar de nuestro amor los ecos
la condujo, mi bien, propicio el hado,
y aunque á su vista me encontré confuso,
confirmar la verdad supo mi labio.

FRONIL. (*Con espanto.*)
¡Imprudencia fatal! ¡Somos perdidos!
SANCHO. (*Con júbilo.*) ¡Somos dichosos!
FRONIL. Si el fatal arcano
la emperatriz penetra...
SANCHO. ¡Vida mia!
su proteccion augusta te afianzo.
FRONIL. (*Con ansia.*)
¡Su proteccion...! esplicate...
SANCHO. Resuelto,
apenas dejo á doña Blanca, cuando
vuelo á la estancia de mi madre escelsa:
á sus plantas me arrojo; le declaro
mi amor ardiente. Su materno seno
con encendidas lágrimas abraso,
y jurando vivir ó morir tuyo,
el sepulcro ó el tálamo demando.
FRONIL. ¡Cielos! mas ella...
SANCHO. Con afan me escucha,
y generosa, conmovida, al cabo
—Sancho, me dice, reyes poderosos
con ilustres vasallas se ligaron.
Cual soberana proteccion te ofrezco.
Cual madre tierna tu eleccion alabo.
FRONIL. ¡Eso dijo...! ¡Gran Dios! ¡Reina piadosa!
¡El cielo premie tu bondad! Derramo
lágrimas de placer y de ternura.
SANCHO. ¡Oh! ¡ven! escucha el juramento sacro
que ya me es dado pronunciar. El cielo
le guarde en sus archivos soberanos,
y me imponga terríficos suplicios
si alguna vez perjuro le quebranto.
Juro que nunca, mientras tú vivieres,
otra muger recibirá mi mano.
¡Juro tu esposo ser, y aqui te empeño
mi fé de caballero y de cristiano!
FRONIL. Y yo ante Dios, por las cenizas frias
de aquella madre que perdí, declaro
que virgen moriré ó esposa tuya.
SANCHO. Tu juramento el escuadron alado
de serafines cándidos celebra.
Eres mi esposa ya... ¡cuál te idolatro!

FRONIL. Vete gozoso y de mi fé seguro.

SANCHO. Te dejo, si, mas antes de apartarnos
oiga un acento tierno que en mi oido
lleve do quier alegre murmurando.
¿Me amas, Fronilde?

(*En este momento aparece Múnio al umbral de la puerta del fondo. Al oir la voz de Fronilde retrocede un poco y quédase suspenso: siempre á la vista del espectador.*)

FRONIL. ¡Que si te amo! ¿puedes
dudar de la pasion en que me abraso?

MÚNIO. ¡Es la voz de Fronilde...! ¡Qué tinieblas!
¡Qué es aquesto, gran Dios!

FRONIL. ¡Si te amo, ingrato!
pregúntalo á este rostro, que marchito
está por los insomnios y el quebranto.
Remordimientos y pesares fieros
mi combatido pecho destrozaron;
mas por tí, por tu amor amé mis penas.

MÚNIO. ¡Es su voz! ¡es su voz! ¡ó estoy soñando!

FRONIL. Amé mis penas, si; que tu Fronilde
el padecer por tí tiene por lauro.
Mas vete ya, mi bien: vuelan las horas,
y si mi padre llega... De pensarlo
tiemblo... ¿lo sientes? Vete, te lo ruego
por el placer inmenso que me has dado.
Yo te conduciré: marcha con tino:
ven: ya toqué el balcon: baja despacio.

MÚNIO. ¡Vil seductor!

SANCHO. (*Bajando.*) No temas, vida mia;
tranquila queda: ¡á Dios! ¡á Dios!

MÚNIO. ¡Don Sancho!

(*Al hacer Múnio la primera esclamacion se lanza dentro con la espada en la mano: oye en aquel instante la voz de don Sancho y se pára haciendo la esclamacion segunda. La espada caerá de su mano al mismo tiempo, y quedará como anonadado. Luego que Fronilde se refugia en su aposento un vivo relámpago ilumina la escena: á su luz ve Múnio el acero á sus pies: le levanta, y poseido de un frenesí que debe pintarse en su rostro, corre en pos de su hija, abriendo la puerta con violencia. Se oye en seguida un gemido pro-*

fundo, y Múnio vuelve á salir despavorido, y dice las últimas palabras del acto. Todas estas diferentes acciones estan indicadas por el diálogo, y la escena debe ser rápida, casi instantánea.)

FRONIL. ¡Qué ruido! ¡alguien habló! ¡valedme, cielos!
(*Éntrase corriendo por la puerta lateral.*)

MÚNIO. *(Saliendo del aposento adonde entró en pos de Fronilde.)*
¡Horrible tempestad! ¡mándame un rayo!

FIN DEL ACTO TERCERO.

Acto cuarto.

Sala espaciosa del palacio del arzobispo.

ESCENA PRIMERA.

EL ARZOBISPO. DON PEDRO.

(*Ambos estan sentados.*)

ARZOB. ¿Pero es cierto que hoy mismo llegar debe
el grande emperador?

PEDRO. A Berenguela
asi lo dice, en una estensa carta
escrita toda de su puño y letra.
Por un estraordinario le ha venido.

ARZOB. ¿Y decís que prepara nueva guerra?

PEDRO. Es el primer motivo que le trae
con tanta prisa: crece la insolencia
de los moros, señor, con sus derrotas,
y Alfonso jura no dará á su diestra
descanso alguno, mientras no consiga
abatir para siempre su soberbia.

ARZOB. Y tantos campeones distinguidos
tiene el emperador, que bien pudiera
mayor empresa acometer.

PEDRO. No hay duda.

ARZOB. Y entre ellos, conde, con honor descuella
vuestro futuro padre.

PEDRO. El agareno
de Múnio al nombre acobardado tiembla,
y es mi sola ambicion de sus hazañas

seguir osado la gloriosa senda.

ARZOB. Supongo que muy pronto premio digno
tan noble ardor recibirá.

PEDRO. Muy cerca
pensaba estar de la suprema dicha
de merecer á mi Fronilde bella;
mas hoy, os lo confieso, mil temores
acaso á su pesar me dió la reina.

ARZOB. ¿Fuisteis á hablarla de la boda, conde?

PEDRO. No por cierto, señor; á su presencia
no me condujo el interes potente
de mi tierna pasion. Cual cosa cierta
circulaba la voz, de que el alcázar
por mas de un rayo maltratado fuera
en la pasada noche, y el cuidado
me dió para indagarlo diligencia.

ARZOB. El popular rumor falso sin duda
encontrásteis.

PEDRO. Señor, la reina mesma
se dignó recibirme, y la noticia
de los estragos desmentir risueña.

ARZOB. Horrible fue la tempestad, y el pueblo
propenso siempre á fomentar quimeras,
y á encarecer el mal, en el palacio
creyó emplear mejor su furia ciega.

PEDRO. Cinco rayos cayeron, segun dicen,
dentro de la ciudad.

ARZOB. ¡Fue muy tremenda
la noche, conde!

PEDRO. Tímidas las damas
de palacio, señor, cándidas cuentan
mil sencillas patrañas. Hay quien jura
que á la luz de los rayos y centellas,
blanco fantasma, vaporoso y leve,
vió vagar por los aires, su cabeza
entre nubes de sangre revolviendo.
Hay quien oyese voces lastimeras
allá á deshora de la noche; y otras
afirman con calor que un alma en pena
inquietando el alcázar, discurria
oraciones pidiendo é indulgencias.
La misma emperatriz... ¿podreis creerlo?

estos cuentos absurdos interpreta,
y á su pesar descubre en su semblante
de interior inquietud la triste huella.

ARZOB. Al sexo débil perdonarse debe
tan infantil supersticion. Mas sepa,
si motivos no habeis para ocultarlo,
por qué, don Pedro, vuestro amor se inquieta,
y qué os dijo la reina que inspirase
á vuestra alma temor.

PEDRO. Siempre halagüeña
mis esperanzas fomentó; mas juzgo
que hoy mis suspiros escuchó con muestras
de enojo ó de pesar. Las veces pocas
que intenté hablar de mi pasion, artera
supo eludir el contestarme, y luego
con grave acento é intencion secreta
que no pude alcanzar—«¡Conde! me dijo,
nada puede afirmarse acá en la tierra.
Dios los destinos con su mano rige
y hace inútil tal vez lo que conciertan
los hombres en su error. A cada uno
su puesto señaló la Providencia
conforme á sus designios misteriosos,
y el porvenir á nuestros ojos vela.»—
Guardó silencio y la imité turbado.

ARZOB. Esas palabras sabias solo espresan
la cristiana humildad de la señora
que cual modelo de virtud venera
el católico mundo. Yo no entiendo
qué cosa en ellas disgustaros pueda.

PEDRO. Acaso me engañé pensando loco
que á una repulsa preparaba diestra
mi enamorado corazon. ¿Mas cómo
no os vi, señor, en la morada regia
á la hora de costumbre?

ARZOB. A vos, Gutierrez,
puedo deciros la verdad. Me fuerza
á no dejar mi casa en este dia
una carta de Múnio. El sol apenas
rasgando de la noche el negro manto
comenzó por oriente su carrera,
cuando un escrito de la mano misma

de Múnio recibí, y en él me ruega
que en aquesta mañana reunidos
en mi morada, sin tardanza sean
los obispos, canónigos y monjes,
que en Toledo se encuentren. La asamblea,
bajo mi presidencia, fallar debe
en un caso secreto de conciencia.

PEDRO. Grave será sin duda.

ARZOB. Yo lo ignoro.

PEDRO. Acaso mi visita os es molesta
si á esos señores aguardais.

ARZOB. Los vastos
salones de occidente, por sus puertas
ven penetrar las dignidades todas
que la imperial ciudad guarda en su Iglesia,
y deben avisarme cuando se halle
la numerosa reunion completa.

PEDRO. Fuera indiscreto prolongando el tiempo
que robo á los cuidados que os aquejan.
(*Se levanta, y tambien el arzobispo.*)
Dignísimo señor, el cielo os guarde
y os ilumine.

ARZOB. (*Acompañándole hasta la puerta y señalándole el camino, segun indica el diálogo.*)
Que con mas frecuencia
favorezcais, don Pedro, nuestra choza.

PEDRO. Honra recibiré.

ARZOB. Por la derecha...
Id con Dios.—¡Tarda Múnio! ¡no...! le veo
que ya viene hácia aquí. Mas ¿en qué piensa?
¡Junto á don Pedro pasa y ni le mira
ni le saluda...! Atónito se queda
el desairado caballero. ¡Grande
es esa distraccion que le enagena!

ESCENA II.

EL ARZOBISPO. MÚNIO.

(*Entra este sumido en profunda distraccion, y se adelanta sin reparar en el arzobispo.*)

ARZOB. ¡Cielos! ¡qué aspecto! ¿de su noble rostro
qué terrible pesar la calma altera?

¡Múnio! ¡Múnio!

MÚNIO. (*Como despertando de un sueño.*)
¿Quién es? ¿quién me ha nombrado?

ARZOB. ¿No conoceis mi voz, Múnio? ¿Qué pena
puede turbaros tanto?

MÚNIO. (*Como recordando.*) Yo venia...
en vuestra busca: ¿lo ignorais? ¿Mis letras
no conocisteis? Pienso que una carta
escribí para vos.

ARZOB. Y atento á ella
á mis hermanos convoqué al instante,
que acudiendo al aviso con presteza
en otras salas se reunen.

MÚNIO. ¡Cierto!
Esa junta pedí. Mandad que apriesa
juzguen al pecador, y se pronuncie
su absolucion, señor, y penitencia.

ARZOB. El pecador ¿quién es? ¿cuál es su culpa?

MÚNIO. (*Estremeciéndose.*)
¡Su culpa!

ARZOB. No es posible sin saberla
juzgar al pecador.

MÚNIO. ¡Es una muerte!

ARZOB. ¿Una muerte decis...? ¿De qué manera?
¿En duelo singular? ¿En campo abierto?

MÚNIO. ¡No!

ARZOB. ¡Cómo! (*Con sorpresa.*)

MÚNIO. ¡No señor!

ARZOB. ¿En la palestra
no sucumbió el difunto?

MÚNIO. ¡No!

ARZOB. ¿Se trata
de asesinato, pues...? ¡Oh! ¡no creyera
que de causa tan vil os ocupáseis,
vos, del honor inmaculado emblema!
(*Con mas dulzura.*)
Ministros del perdon, si el infelice
á nuestro tribunal contrito llega,
no será rechazado: mas su causa
deben juzgar las leyes de la tierra.

MÚNIO. A los hombres no teme, ni á sus leyes:
mas teme á Dios.

ARZOB. Si contricion sincera
siente su corazon; si arrepentido...

MÚNIO. (*Interrumpiéndole con exaltacion.*)
¡Arrepentido no...! La atroz sentencia
era forzosa.

ARZOB. ¡Qué decís...! ¿se atreve
á demandar absolucion, y alega
disculpas de su crimen, y blasona
de incontrita ¡qué horror! su alma proterva..?
¡No, no! que aqui no llegue el asesino;
pues si la religion abre sus puertas
al arrepentimiento, ¡para el crimen
solo tiene rigor, solo anatema!
¿Dónde está el matador? al punto salga
si por desgracia mis umbrales huella.

MÚNIO. ¡Soy yo!

ARZOB. (*Retrocediendo asombrado.*)
¡Vos!! (*Momento de pausa.*)
¡Múnio! trastornada miro,
por un sueño tal vez, vuestra cabeza.
Calmaos, ¡oh amigo! y arrojad del alma
ese delirio atroz, esa demencia.
¡Qué! ¿nada me decís? Múnio, ¿mi acento
sordo os encuentra y mudo?

MÚNIO. (*Enagenado.*) ¡El anatema!
¿Por qué? ¿por qué? ¿Porque de mi honor puro,
de mi sagrado honor lavé la afrenta...?
¡Era la sangre que vertí culpable!

ARZOB. ¿Pero es cierto? ¡Gran Dios!

MÚNIO. ¡Culpable era!

ARZOB. (*Con severidad.*
Si no es locura, Múnio, si el delito
que os imputais insano en mi presencia
fuese verdad, por mi desdicha, vana
esa disculpa que alegais os fuera.
Para juzgar y castigar existen
Dios en la eternidad, rey en la tierra.

MÚNIO. Las ofensas de Múnio nadie debe
castigarlas, señor, sino su diestra.

ARZOB. ¡Orgullo criminal...! Pero si al menos
muriese el ofensor en liza abierta...
mas ¡ay! ¡asesinado...! Tal infamia

en vos no puedo concebir.

MÚNIO. Sospechas
de mi valor, injurias, ningun hombre
pudo abrigar jamas. ¿Quién es quien piensa
que á un contrario maté con villanía...?
Él ser culpable que la tumba encierra
era infelice, frágil, nunca pudo
un acero blandir en su defensa.

ARZOB. Tal circunstancia, que el delito agrava,
apenas puedo comprender. ¿Qué ciega
ferocidad terrible vuestra mano
pudo armar, Múnio, contra la flaqueza
de un ser inerme, desvalido, débil...
¡un anciano tal vez!

MÚNIO. (*Cada vez mas enagenado.*)
¡Era una hembra!
¿No conocísteis en aquel gemido
su dulce voz de pérfida sirena...?
¿No sentísteis su mano, blanca y leve,
asir mi mano y desprenderse yerta...?
¿A la luz del relámpago, no vísteis
por mis brazos correr la sangre fresca,
y en el dolor cruel que entre sus garras
me destrozaba el corazon, la prueba
no tuvísteis ¡decid! de que era mia
esa sangre infeliz...?

ARZOB. ¡Qué terrible idea!
¡Desventurado, continuad...! ¿la sangre
de quién era? ¿de quién?

MÚNIO. (*En completo delirio.*) ¡Y siempre humea
delante de mis ojos, y en mis manos
siempre reciente está, nunca se seca!
Cual hondo lago al rededor se estiende...
¿No la veis? ¿no la veis...? en las tinieblas
de la noche se encubre; ¡mas los rayos
en sus hirvientes ondas reverberan
la fatídica luz!

ARZOB. ¡Múnio!

MÚNIO. ¡Bien puede
tanta sangre lavar la torpe mengua!
¡Pero no...! ¡falta! ¡falta...! ¡Necesito
otra vida, otra sangre! Resplandezca

otra vez puro mi ultrajado nombre...
No era mia esa sangre, que no enjendra
al vicio la virtud. ¡Huye al averno,
fantasma aterrador...! ¡Nunca existencia
mi existencia te dió...! Eras producto
de una furia tal vez... ¡Oh! ¡suelta, suelta!
¡Padre!—¡No, no lo fuí! ¡te desconozco!
te maldigo tambien... ¡torna á la huesa!
(*Cae desfallecido.*)

ARZOB. ¡Infortunado! ¡Oh Dios! ¡mató á su hija!
(*Momento de pausa: luego se arrodilla y dice los versos siguientes.*)
¡Omnipotente Dios! ¡Bondad suprema,
que en igneo trono de inmutable base
fuerte regis la creacion inmensa!
Vos que una eternidad teneis futura,
inexorable, muda y justiciera,
que el arrepentimiento inutiliza
y la esperanza al infortunio niega;
hoy que aun el tiempo nuestras horas mide,
y la feliz misericordia reina;
hoy que aun la sangre del cordero santo
la ley imprime que el perdon ordena,
mirad piadoso al pecador doliente
que el peso atroz de la justicia aterra,
y abrid las puertas de la santa gracia
á un alma que Luzbel trastorna y ciega.
Si expiacion el crimen necesita
yo acepto ¡eterno Dios! la penitencia.
Arrastraré mis canas por el lodo;
haré saltar la sangre que ya hiela
la cansada vejez; con el cilicio
desgarraré mis carnes; y en mi mesa
lágrimas de mis ojos penitentes
amasarán mi pan. En mí severa
imponga su rigor vuestra justicia,
y á él le salve, señor, vuestra clemencia.
(*Se levanta, y Múnio empieza á recobrarse.*)

MÚNIO. ¿En dónde estoy? ¿Qué sueño borrascoso
aun despues de pasado me atormenta?
¡Padre! ¿sois vos...? ¿aqui? ¿quién os condujo?

ARZOB. ¡Y qué! ¿turbado Múnio no recuerda

que en la morada de un amigo se halla?

MÚNIO. Es verdad: si, recuerdo: ¡cuán acerba,
cuán acerba memoria! Padre mio,
olvidad compasivo mi flaqueza.

ARZOB. Sí, Múnio, compasivo, lastimado
miro vuestro dolor.

MÚNIO. Decid: ¿qué pena
merece mi pecado? De mi boca
sin duda ya la confesion sincera
escuchásteis, señor.

ARZOB. ¡Sí, Múnio, todo,
todo lo he comprendido!

MÚNIO. La asamblea
de prelados tal vez ya consultada...

ARZOB. En breve lo será.

MÚNIO. La diligencia,
la brevedad reclamo.

ARZOB. Mas decidme,
para que el caso lastimoso pueda
exactamente presentar, si indicios
solo tuvisteis, ó fatal certeza
de aquel ultraje que vengásteis crudo.

MÚNIO. (*Con desesperacion.*)
¡Fue certeza cruel... ! ¡Enorme pesa
aqui, en mi corazon este recuerdo!
¡Vi de mi honor la irreparable mengua!
¡vi al seductor infame!

ARZOB. Vuestra suerte
es sin duda fatal. ¿Mas la insolencia
quién tan lejos llevó... ?

MÚNIO. (*Interrumpiéndole.*) ¡Vive!

ARZOB. ¿Su clase?

MÚNIO. ¡Os he dicho que vive... ! ¿Quién pudiera
vivir despues que osado mancillara
de Múnio el nombre... ? ¿quién?

ARZOB. ¡Oh luz funesta!
¡Os comprendo, infeliz! y os compadezco.
¡Duro es el deshonor á quien ilesa
conservaba su fama!

MÚNIO. (*Con altivez.*) ¿Y quién se atreve
á empañar su crisol? ¿Qué torpe lengua
mi nombre puro al deshonor hermana?

La vil calumnia á sostener prevenga
su espada y su valor.

ARZOB. (*Con dulzura.*) En este dia
de duelo y contricion, esa soberbia
procurad reprimir. Un penitente
se humilla, llora, solicita, ruega,
y no hace alarde del honor del mundo.

ESCENA III.

DICHOS. UN PAGE, *desde la puerta. Despues* MÚNIO.

PAGE. Ya, señor, se encuentra
plena la reunion de los prelados. (*Vase.*)

MÚNIO. Id, padre mio, que la marcha lenta
del tiempo me fatiga.

ARZOB. (*Le señala.*) Mi oratorio
abierto está: mil veces mi tristeza
allí encontró dichoso lenitivo,
y allí mis males consiguieron treguas.
En él ¡oh Múnio! prosternado, humilde,
al Salvador divino por ofrenda
presentad vuestro llanto, mientras juzgan
sus ministros la culpa que envenena
vuestra alma destrozada.

MÚNIO. Digno padre,
aguardo resignado su sentencia.

ARZOB. ¡Fé y esperanza, Múnio! ¡Dios os mira!
Rogad vertiendo lágrimas acerbas. (*Vase.*)

MÚNIO. (*Sentándose abatido.*)
¡Lágrimas...! ¡no las tengo! las devora
aquí en mi corazon la ardiente hoguera
que la ira enciende y el dolor dilata.
¿Y es posible ¡gran Dios! que cuando siembra
semillas de virtud, frutos amargos
solo recoja el hombre...? ¿Recompensa
será de la bondad la desventura...?

ESCENA IV.

MÚNIO. DON SANCHO.

SANCHO. (*Desde adentro.*)
No busco al arzobispo. ¡Page! deja

á tu príncipe paso: ¡vete! El monstruo
que busca mi furor, aquí se encuentra.

(*Entra precipitado: Múnio se levanta y retrocede.*)

¡Aquí se encuentra, sí! ¡Sal, asesino!
¿Pensaste, di, que á mi furor barreras
estos muros ilustres opondrian?
¿Bajo el sagrado manto de la Iglesia
te quisiste cubrir...? ¡Oh! te engañaste:
¡la desesperacion nada respeta!

MÚNIO. (*Tendiendo los brazos como si le rechazara.*)
¡Huid! ¡huid!

SANCHO. ¡No, no! como tu sombra,
como el remordimiento que se ceba
en tu pecho feroz, he de seguirte
implacable do quier.

MÚNIO. No á tanta prueba
espongais loco mi virtud. ¡Dejadme!

(*Quiere huir despavorido y don Sancho le detiene.*)

SANCHO. ¡Tu virtud, monstruo! ¡tu virtud! blasfemia
es en tu boca su sagrado nombre.
¡Tu virtud! ¡tu virtud...! Con sangre impresa
la llevas en el rostro, y donde pisas
el rastro inmundo señalado dejas.
¿No ves que con horror el sol te alumbra,
y con horror la tierra te sustenta?
¿No ves que cual Cain llevas el sello
de tu horrible maldad...? Naturaleza
se estremece de horror al contemplarte,
y á su indignada voz roncos despiertan
innumerables ecos que á tu oido
¡parricida! repiten.

(*Durante los anteriores versos se verá en Múnio la mas terrible lucha entre el furor y el respeto.*)

MÚNIO. ¡Cómo enfrena
su rabia el corazon! ¡Callad!

SANCHO. Si callo
voz hallarán los muros y las piedras,
y salpicando sangre hasta tus ojos
fulminarán terribles tu sentencia.
¡Yo soy su ejecutor! ¡yo su implacable
sangriento ejecutor! Mi espada hambrienta
pide tu corazon.

MÚNIO. ¡Oh! yo en el vuestro
gota á gota tambien, vena por vena
con devorante sed me apacentara...
¡Huid! ¡Don Sancho, huid! que mi cabeza
se turba mas y mas, y olvidar puede
que defiende la vuestra una diadema.

SANCHO. ¡Subterfugio cobarde! Yo renuncio
aquesa magestad que te amedrenta.
Aqui no soy don Sancho de Castilla;
soy tu enemigo, soy el que te reta
por asesino y vil: ¡soy el amante
que viene á demandar terrible cuenta
de la preciosa sangre de Fronilde,
de su amada, su bien!

MÚNIO. Tened la lengua,
¡ó vive Dios...!
(*Lleva la mano al puño de su espada.*)

SANCHO. (*Desnudando la suya.*) ¡Defiéndete, villano!
no, no me obligues á que cual tú sea
un asesino vil. Fronilde se alza
demandando venganza de la huesa.

MÚNIO. (*Fuera de sí, y sacando la espada.*)
¡Vé á llevársela, pues! mi mano misma,
pérfido corruptor, te abrirá senda.

(*Al lanzarse contra el príncipe se detiene súbitamente y quédase inmóvil.*)

SANCHO. ¿Qué te detiene, bárbaro? ¿tu brio
en torpe miedo tu delito trueca?
¿Por qué la espada envilecida yace
ociosa agora en tu terrible diestra?

agora

MÚNIO. (*Con dignidad.*)
¡Don Sancho de Castilla! mis mayores
á los vuestros debieron esta prenda
de nobleza y valor, que conquistaron
á precio de magníficas proezas,
y en la mano de Múnio el enemigo
jamas ociosa la encontró. Lo atestan
los campos de Almodovar y Montelo,
que allí publica su sangrienta arena
las hazañas ilustres que aumentaron
de vuestros padres la copiosa herencia.
¡Don Sancho de Castilla! ¡vuestra gloria,

vuestro inmenso poder debeis á ella!
Prodigando mi sangre y abatiendo
de sienes altas la corona regia,
el brillo de la vuestra esclarecia,
y conquistaba espacio á su grandeza.
(*Con amargo sarcasmo.*)
Mas para vos ¿qué valen de un vasallo
sacrificios heróicos...? los desprecia
vuestro gran corazon, y asaz dichoso
sin duda le juzgais, cuando de befa
y de irrision os sirve. Porque el tedio,
á que la larga ociosidad sujeta
vuestro ánimo real, molestia os causa,
por inocente distraccion su afrenta
con noble arrojo coronais. Si lazos
sabeis tender á vírgen inesperta,
si á una familia escarneceis que antigua
cual la nobleza la virtud conserva...
¿qué mas necesitais...? ¡Esa es la gloria!
¡Así se estudia de reinar la ciencia!
(*Con severidad.*)
¡Don Sancho de Castilla! os engañásteis
si en mi pensásteis descargar la mengua
de vuestra torpe accion! Esa deshonra
con que mis hechos vuestra mano premia,
recaerá sobre vos; sobre vos solo
el peso del baldon y la vergüenza.
Distinciones que dieron vuestros padres
al súbdito leal, hoy las desecha
el ofendido caballero. Nada,
nada deben valer, pues no preservan
al que las mereció de ultrajes viles,
y vuestra ciega liviandad las huella.
Muy mas que recibí me habeis quitado,
don Sancho de Castilla; mas me restan
mi honor y lealtad, que á pesar vuestro
se apuran al crisol de las ofensas,
y salen mas brillantes y mas puros...
¡Oh! bien teneis irrecusable prueba;
pues yo respeto en vos la real corona,
magüer que vuestros vicios la envilezcan.

SANCHO. ¡Insolente vasallo!

MÚNIO. ¡Sí, don Sancho,
mi honor y lealtad solo me quedan!
La espada que por vos, por vuestra gloria
fue rayo asolador en la pelea,
destruida será, mas no manchada
en la sangre real.

(*Rómpela y la arroja á los pies del príncipe.*)

¡Don Sancho! ¡vedla!
á vuestros pies está: pisadla altivo
cual impuro pisásteis la inocencia
del fruto de mi amor. Pisadla ingrato
cual pisásteis mi dicha. Se conservan
mi honor y lealtad, y ellos me bastan
para que mas que vos grande me crea.

SANCHO. Calumniando á tu rey y á tu hija pura
pudieras disculpar tu alma de hiena;
mas si tolero tus insultos locos,
¡ay del que intente mancillar la ilesa
virtud de mi Fronilde! Yo proclamo
á la faz de los cielos su pureza,
y á duelo singular reto al infame
que su memoria á denigrar se atreva.
Pura como los ángeles del cielo
la declara mi acento: ¡casta y bella
de la tierra partió, por la de mártir
trocando, Múnio, la corona regia!

MÚNIO. (*Con agitacion.*)
¿Qué estais diciendo?

SANCHO. Sí, de esposo suyo
la dí palabra y fé. Mi madre escelsa,
ya protectora de mi casto fuego,
con esperanzas me alentaba. Cerca
estaba acaso el venturoso dia
en que mi esposa proclamada fuera...
¡Sí, tu ciego furor ha herido ¡impío!
á tu hija pura y á tu digna reina!

ESCENA V.

DICHOS. EL ARZOBISPO, *y al final del acto* LA EMPERATRIZ.

ARZOB. ¡Cielos! ¡qué miro! ¡aqui don Sancho!

MÚNIO. ¡Padre!

al concilio decid que en penitencia
de mi grave pecado determino
ir á Jerusalen de puerta en puerta
el pan del peregrino mendigando,
cubierta de ceniza mi cabeza.

ARZOB. Castigo fuera de la patria, Múnio,
esa resolucion. La culpa vuestra
á Castilla no prive del auxilio
de un hijo tan leal. Cuando se empeña
de nueva lucha en los azares varios
contra el moro feroz, la fé no pierda
su mejor campeon. Ya de la culpa
la penitencia con razon severa
determinaron los prelados. Todos
unánimes votaron, y os condenan
á que paseis activo vuestra vida
contra el pagano en incesante guerra.
Asi el delito lavareis enorme,
y del perdon os abrireis las puertas.

SANCHO. Si asi los hombres juzgan, yo le emplazo
al tribunal de Dios á rendir cuenta
de la inocente sangre de mi esposa,
y de la mia tambien. Prestaba fuerzas
á mi existencia la venganza: solo
por castigar de un monstruo la fiereza
conservaba la vida: ya que opone
á mi furor su lealtad funesta,
y que no puede asesinar mi mano,
que mi sangre tambien en su cabeza
caiga, agravando de su culpa el peso.

(*Quiere herirse: Múnio le da un golpe en el brazo, que hace saltar la espada.*)

MÚNIO. No asi, don Sancho, su dolor ostenta
un noble castellano. Sangre clama
la sangre de Fronilde... ¡sangre tenga!
Aplacar sus cenizas agitadas
no podemos lograr con culpas nuevas:
víctima del furor, desde la tumba
cordura manda y el furor reprueba.

(*Con fuego.*)

Si es necesaria sangre que abundante
pueda lavar á un tiempo la imprudencia

de vuestro loco amor, y el negro crímen
de que fue, por mi mal, causa funesta,
millares de enemigos nos provocan,
y ya el clarin de los combates suena.
Junte el infiel sus belicosas tribus
y cubran ellas á la España entera;
mi brazo caerá sobre sus haces,
cual hoz aguda por la mies espesa.
Murallas no tendrá ni baluartes
que le defiendan de mi saña inmensa:
mares de sangre navegando el odio
hasta el confin postrero de la tierra
le irá acosando infatigable. ¡Grato
será á mis ojos el estrago! ¡Bella
la matanza será...! ¡Víctimas pide
el bárbaro dolor que en mí se ceba,
y esta mano que mancha sangre ilustre
se ha de lavar en sangre sarracena!
(*Se adelanta al proscenio con exaltacion.*)
¡Gloria tendrás, Castilla! tus leones
sombra darán, si tienden sus melenas,
á lejanas comarcas. Con el riego
que prepara mi mano, la cosecha
de invictos héroes brotará abundante
tu suelo venturoso, y tu grandeza
sus hazañas harán tan dilatada
que nunca el sol en tus dominios muera.
¡Suene, suene el clarin! La lid terrible
ya tarda á mi furor.—¡En paz te queda,
hija del corazon! y cuando alcances
el holocausto que tu tumba anhela,
un hueco en ella me concede pia
para cubrir mi cuerpo y mi bandera. (*Vase.*)

SANCHO. ¡Tu honor y lealtad...! ¡Tambien tu gloria
te queda, Múnio! ¿pero qué me resta
á mí en el mundo? ¿qué?

EMPER. (*Saliendo apresurada.*) ¡Tu madre, ingrato!

SANCHO. (*Echándose en sus brazos.*)
¡Madre del corazon!

ARZOB. ¡Y una diadema!

FIN DE LA TRAGEDIA.